

LAS AVESTRUCCES DE CORAZÓN SENSIBLE

Por Manuel MICHEL

"ARBEIT MACHT FREI." "El trabajo da la libertad". (Lema del campo de exterminio de Auschwitz.)

"... Debo reconocer abiertamente que tales manifestaciones de humanidad —hacia los judíos— me parecían, después de mis conversaciones con Eichmann, casi una traición al Führer..."

(Rudolf Hess. *Memorias*.)

QUINCE AÑOS después de los espectaculares procesos de Nuremberg, el nombre de Eichmann vuelve a sonar, ya no en boca de quienes se descargaban de su responsabilidad sobre el organizador de la "solución final del problema judío", sino en la de todo el mundo. Quince años de búsqueda paciente e ingeniosa culminan ahora con el juicio de uno de los tentáculos del Führer y el asesino más grande que registra la historia. Seis millones de judíos, cuya memoria lo hará "danzar de regocijo" en su patíbulo —según frase de él mismo— pesan en su proceso. La muerte de Eichmann, es cierto, no remedia nada. Su juicio, considerado desde el punto de vista personal del asesino pudo haberse hecho en secreto, sumario y en cualquier sitio del mundo.

Para los pueblos puritanos, los que tiemblan ante la palabra *sexo*, para los que imponen su escala de valores al resto del mundo, una página se había vuelto irreversiblemente sobre el pasado nazi. Hay quienes se escandalizan de la publicidad del proceso al genocida y alegan principios de "derecho internacional" en su defensa, como si antes hubieran interpuesto esos mismos principios ante la clara amenaza de la agresión alemana para impedirla. Pero, muerto o no Eichmann, su proceso tiene un sentido que sobrepasa la aplicación individual. Es el proceso a un sistema de exterminio apoyado en una ideología, justificada por una pseudo-filosofía. Y también es un aviso y un desenmascaramiento.

Pasado el proceso de Nuremberg, se preservaron ciertos elementos directamente responsables a ciencia y conciencia de su intervención en la política racial del hitlerismo. Se dejó hundir lentamente en el fondo de la memoria una de las fases históricas más siniestras, y se hizo olvidar que el nazismo, como cualquier otra forma de fascismo, son el fruto natural, lógico y extremo del desarrollo capitalista.

Antes del juicio y posteriormente, desaparecieron miles de documentos, algunos por ocultamiento, otros por destrucción. Ciertos países simpatizantes del nazismo recibieron en su seno a criminales de guerra. Luego, todo continuó normalmente y se aceleró el proceso del olvido. Había una urgencia explicable de que todo se desvaneciera de la memoria y que Alemania Occidental ayudada por la generosidad del vencedor, verdadero Santa Claus, se recuperara para servir de barrera al "oriente". Tesonera, los vencidos se reorganizaron y, sobre sus instalaciones casi intactas, pre-

servadas inteligentemente por las bombas aliadas, reestructuraron la economía del país. ARBEIT MACHT FREI, como diría Rudolf Hess, administrador del campo de exterminio de Auschwitz.

Quince años más tarde, se expone a uno de los antiguos amos ante una Alemania Federal bien limpia, organizada, disciplinada y remilitarizada. Se llama Adolf Eichmann, promotor y ejecutor del programa para la "solución final del problema judío". Este era el ideal de su vida. Pero un hombre solo, a pesar de la inmensa voluntad y del desbordante entusiasmo con que acometa su tarea, no puede asesinar *personalmente* a seis millones de víctimas. Aparte de todo su frenesí, aparte de su buena voluntad para "resolver el problema", contaba con recursos inmensos: el aparato político-militar del nazismo; la ideología racial pseudocientífica; el fanatismo de los ocho millones de miembros del partido nazi; los cuerpos especiales de S.S.; las delaciones —por miedo o convicción— en Alemania y en los países ocupados muchos de los cuales tenían gobiernos fascistas y partidarios del exterminio del pueblo judío.

Eichmann ya no tiene importancia, ni fuerza, ni poder. Pero su captura ha tenido como efecto el de extraer del fondo de la memoria, recuerdos cuidadosamente sepultados por la hipocresía y por la mala fe. Su presencia amenaza a miles de "olvidados" que pueden surgir inesperadamente a la superficie, aun cuando su fanatismo cierre la boca del asesino para la delación, con la esperanza de que esos "olvidados" terminen un día lo que él inició. Muchos de esos "olvidados" no son sólo del número de ocho millones de miembros anónimos del partido nazi, sino que ocupan *actualmente* situaciones importantes en la industria, en la política y en la diplomacia del gobierno de Adenauer.

El juicio de Eichmann es el juicio de la memoria, es decir, del recuerdo y del olvido. Pone en evidencia la desconcertante y peligrosa capacidad de olvido que tiene el hombre. Desmiente la idea, por contraste con el presente, de que la historia es la maestra de la vida, porque hasta ahora los recuerdos colectivos nos los han archivado y clasificado para hundirlos en el conformismo.

El juicio de Eichmann puede ser —debería ser— la condenación de los campos de concentración, de las fábricas de exterminio decretado por una raza contra las otras. Debe ser un llamado a la responsabilidad colectiva e individual. Debe revelarnos la existencia un peligro vivo y latente. A pesar de la "sensibilidad de algunas buenas conciencias, debemos descubrir ese mundo de pesadilla creado no sólo por Hitler y Eichmann, sino por la ferocidad natural de un sistema político que encontró en ellos sus más fieles servidores.

Desde tiempos inmemoriales, las actitudes de discriminación racial, la justificación de la esclavitud en nombre de pretendidas superioridades biológicas o culturales, esconden —mal— intereses



Eichmann: viaje al fondo de la noche.

económicos: mano de obra barata o gratuita, negación del derecho de participación en los bienes de consumo y despojo.

Redescubrir esos años es viajar al fondo de la noche y hundirnos en una pesadilla interminable. Ese viaje nos transporta al reino de la barbarie organizada, burocratizada, convertida en trabajo y obligación de empleados. Llegaremos a los campos de deportación de los que algunos muros solamente, algunas ruinas —alambradas, duchas de gas, depósitos de restos humanos, huellas de las instalaciones de exterminio— nos hablan aún vagamente de los millones de hombres que fueron reducidos a nada, destruidos y humillados.

AUSCHWITZ, BIRKENAU, BÜCHENWALD, BERGEN, BELSEN, DACHAU, NOCHE Y NIEBLA... no terminaríamos nunca la lista de creaciones típicas, de los partos monstruosos y lógicos de una ideología racial y económica erigida en un partido al que millones de buenos y laboriosos alemanes dieron su voto y su corazón.

Por el momento, ha pasado todo. El horror ha pasado. Los corazones sensibles pueden descansar y pensar en sus negocios. Pero Eichmann y el temblor de los "olvidados", de los que recobraron —o que nunca perdieron— la prosperidad, nos impulsan a renunciar a la táctica del avestruz, nos sacuden para que no cerremos los ojos —dirigidos por el corazón sensible— con el deseo de que el horror no vuelva y la pesadilla se liquide. Pero la pesadilla no es sueño, sino realidad. Como testimonio irrefutable de su existencia en lo real quedan millones de cadáveres, millones de mutilados, millones de gritos desesperados.

A riesgo de que nos produzca náusea, el recuerdo se impone. Hay que ver de nuevo los campos de exterminio para

judíos, para otras razas *no arias*, para los comunistas.

Hay que saber que se efectuaban juntas especiales entre los grandes jefes nazis para discutir el serio problema de la matanza al mayoreo.

Hay que pensar que en ese sistema, había concursos entre los ingenieros y arquitectos que presentaban proyectos y presupuestos para los campos de concentración, las cámaras de gas, los hornos crematorios.

Tenemos que recordar que los jefes como Rudolf Hess tenían la obsesión de la eficacia, de la rapidez, de la limpieza del trabajo; se tenían que inventar sistemas para que el olor a carne quemada no se extendiera sobre varios kilómetros a la redonda y diera origen a "chismorreos".

Hay que saber que los dos crematorios mayores de Auschwitz, tenían cinco hornos y cada uno era capaz de incinerar 2,000 cadáveres en 24 horas. Tenemos que pensar que esos hornos estaban sujetos a un cuidado especial de conservación para su funcionamiento, se les vigilaba y reparaba.

Recordemos también que se despojaba a las víctimas de los objetos de valor, desde las ropas hasta el oro de los dientes, los objetos personales, y desde luego, joyas y dinero. (Joyas y divisas se vendían en un país "neutral", puro y honesto: Suiza.)

Hay que hacer un esfuerzo para pensar que *todo* en las víctimas era aprovechable: los cabellos de las mujeres; para hacer telas; la ropa, que se vendía; los cadáveres se industrializaban y se aprovechaba su grasa para hacer jabón, sus huesos, servían para abono de la tierra; con su piel... con su piel se hacían lámparas, trozos de "pergamino" sobre el que se inscribían dibujos obscenos o cómicos.

Hay que recordar cómo se humillaba a las víctimas someténdolas a la desnudez sistemática; el sadismo encontraba todas sus formas de desahogo lícito y organizado: se enviaba a los deportados a trabajar o a las cámaras de gas al ritmo de una orquesta.

Hay que pensar en el humor macabro de los verdugos que ponían lemas a la entrada de los campos: "El trabajo da la libertad", "A cada quien lo suyo" y con símbolos indicaban los caminos de los grupos de habitantes del campo, que eran o los SS, o los judíos, o presos políticos, o perseguidos religiosos.

Recordemos que vivos y muertos eran propiedad absoluta de los vigilantes y verdugos y que sobre los judíos se hacían "experiencias científicas" como las de esterilización, inyección de sustancias raras o no tanto, injertos de piel, de huesos, de tejidos cancerosos.

Pensemos un instante en que no sólo era el azar lo que ponía en manos de los verdugos a sus víctimas, sino que se organizaban redadas en toda Europa y que para esto, había que contar con trenes especiales, horarios especiales, y con cualquier grupo de guardias devotos, porque todos estaban dispuestos a servir al Reich...

Todo eso, toda esa febril actividad y ese fervor místico, estaba alentado y premiado por el aparato del partido nacionalsocialista. Algunos nazis eran sensi-

bles. Amaban su mujer, a sus hijos, a sus perros; oían a Wagner y a Beethoven; eran aficionados a la pintura. En suma, eran sensibles a la belleza. Algunos guardaban un corazón tierno y a veces piadoso, como Hess, modelo de obediencia ciega, de fidelidad al jefe, de estulticia y de debilidad mental. "No hay que pensar, hay que obedecer."

Quince años han pasado desde que ese horror invadió Europa. Ahora, ese recuerdo surge y se instala, se hace presente en la vida de ciertos "olvidados". A ellos les produce malestar porque no quisieran que nada impidiera el nuevo cauce de su vida. Pero también ciertas *buenas conciencias* se inquietan porque de buena o de mala fe creen que el rencor debe hacerse a un lado, y que no tiene caso revivir los hechos. Gracias a esos "olvidados" y a ese grupo influyente de bienpensantes, el peligro no hace otra cosa que dormitar —con un solo ojo, como dice Alain Resnais— y enmascararse. Sobre todo en el momento en que la República Federal Alemana, guiada por Adenauer, ha sido puesta como perro de guardia contra el peligro "rojo", levanta la cabeza, se independiza y exige armamentos atómicos mientras erige —con la bendición de la OTAN— bases militares en España franquista, en Grecia y... en Francia!

La mística de la superioridad racial apenas se disfraza. Adenauer es "el nue-

vo campeón de la libertad" que hace apenas unos meses, en visita oficial al Vaticano, recordaba que "Alemania ha sido elegida por Dios como su enviada contra el bolchevismo..." Igual que el otro campeón del imperio romano-germánico, Hitler; igual que Franco. Y ya sabemos muy bien a dónde nos llevan los "salvadores" y "enviados".

KRUPP, SIEMENS, HEINKEL, REICHLIG, FLICK, I. G. FARBEN... toda la gran industria que tuvo antes a Hitler como su administrador y devoto representante está bien viva. Cien generales hitlerianos dirigen a los actuales *cruzados* de Adenauer (dispuesto a mejorar su estrategia y a evitar errores); otros, como Speidel, dirigen las huestes de la OTAN; Hans Globke, ideólogo de Hitler, ha encontrado acomodo en el gobierno de Adenauer; el organizador de los refugiados, Oberlander, antiguo ministro de Adenauer, fue jefe nazi; Max Faust, ingeniero en jefe de la I. G. Farben, que obtenía de Himmler 3,000 deportados-esclavos (*trabajadores libres*, les llamaban en Francia) anuales para sus fábricas, ha vuelto a su trabajo en espera del regreso de los viejos días; un gran porcentaje de los profesores de Alemania Occidental fueron nazis y ahora enseñan a la juventud. (¿Acaso murieron o se "convirtieron" todos los militantes del nazismo, todos los SS, todos los que tuvieron esperanzas en el III Reich?)



"El juicio de Eichmann es el juicio de la memoria, es decir del recuerdo y del olvido."

Los verdugos siguen allí. Los asesinos esperan sólo el tiempo de la revancha, esperan el regreso de la época que les permitirá reinstalar los campos de concentración y llenarlos para aplicar los progresos de su ciencia de exterminio.

El juicio de Eichmann debe producir inquietudes. Ojalá que al final de ese viaje al fondo de la noche que nos han obligado a hacer, el mundo no encon-

trara su tranquilidad de conciencia, su confianza inexplicable en la justicia y en el regreso de los verdugos y asesinos al buen camino.

Las cosas nunca cambian solas. Pero no son las avestruces que se ciegan a sí mismas las que van a cambiarlas. Es necesaria toda la voluntad de los hombres, la voluntad de todos los hombres, de cada hombre para eliminar el crimen y la injusticia.

posición comunista en lo internacional y en lo interno.

Con esta ruptura, son seis —acompañando a los Estados Unidos— los países latinoamericanos que han roto relaciones con Cuba. Varios de ellos tienden un cerco físico en el Caribe, alrededor del lazareto isleño.

Son Haití, la Dominicana del generalísimo Trujillo, la Nicaragua de Somoza, la Guatemala de Ydígoras Fuentes (en cuya localidad de Retalhuleu, según ha publicado *The New York Times* instructores de los Estados Unidos y truculentos intérpretes rusos adiestran a una fuerza de choque e invasión), el Perú del doctor Prado y —¿cómo podía faltar?— el Paraguay del general Stroessner.

DOCUMENTOS

LA OLA DE SIMPLISMO SE LLEVA TODO

Por Carlos MARTÍNEZ MORENO

A ESTA ALTURA, cuando los hechos han pasado del ámbito internacional a las calles de Montevideo, lo que originariamente era el centro de la cuestión cuenta sólo como su punto de arranque. Es, con todo, el origen del presente clima de tensión, que hay quien aviva sin cesar entre nosotros.

En los últimos días de su reinado de ocho años, la administración republicana llegó a la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba. A muy pocos días de que el poder cambiara de manos y de partido, Eisenhower —prescindiendo de la OEA, prescindiendo de las reuniones de consulta de cancilleres— decidió romper con Cuba, sobre el episodio concreto de la limitación del personal diplomático de los Estados Unidos en La Habana. El planteamiento era similar al que nuestra prensa sostiene que deberíamos hacerle al gobierno de Moscú, en términos de estricta reciprocidad: idéntico número de diplomáticos e iguales limitaciones de desplazamiento en ambas sedes.

El gobierno de Washington rompió, pues relaciones, adelantándose a la asunción del mando por John F. Kennedy; y

éste subrayó que los actos llevados a cabo en ese sentido eran de entera responsabilidad de la administración que finaba. El alcance de futuro que puede tener esta constancia es aún materia conjetural. Pero no deja de tener significación, en el cuadro de los hechos por venir.

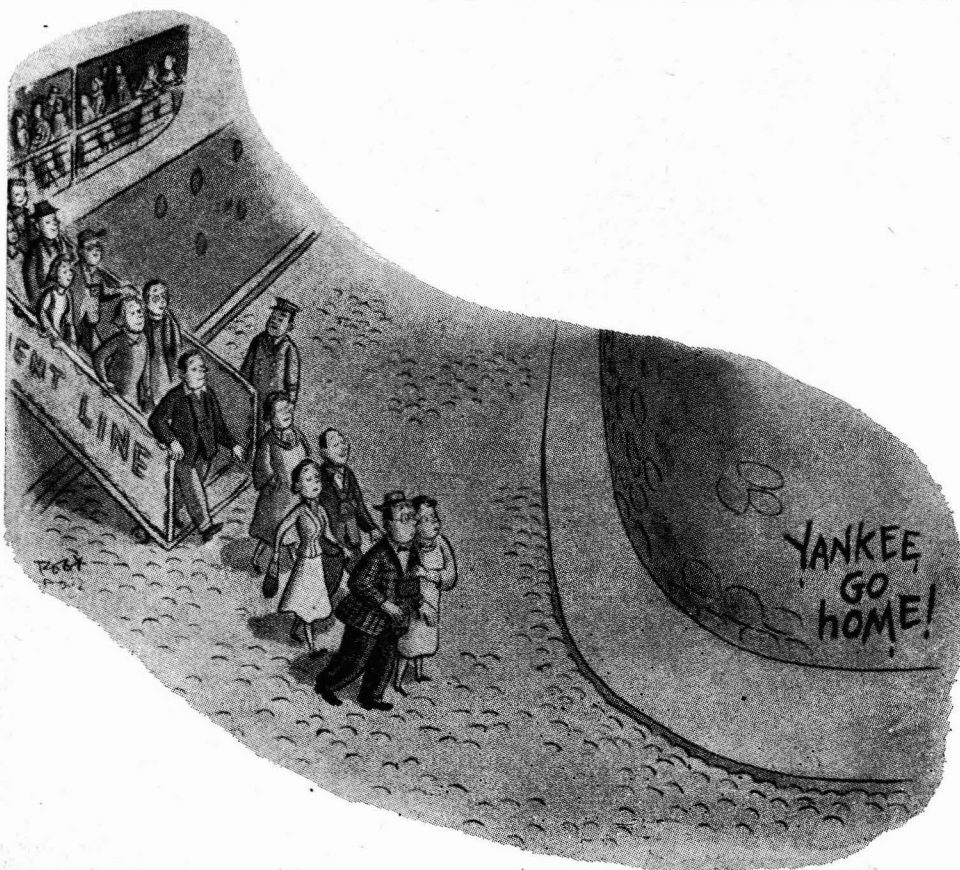
La ruptura de Estados Unidos fue seguida casi inmediatamente por la del Perú; el gobierno de Prado era el que había demostrado estar primero en la línea de interpretación oficiosa del pensamiento "panamericano" manejado desde la Casa Blanca, en ocasión de la conferencia de Costa Rica. La ruptura fue pretextada en actos de ingerencia política y propagandística de los representantes cubanos acreditados en Lima; es el mismo argumento que se ensaya, uno por uno, en todos los países de América, con la ilustración conocida del episodio de la valija diplomática abierta en Buenos Aires, las incidencias en Panamá y Venezuela, etc.

Producida la ruptura, el Poder Legislativo aprobó en Perú el estatuto de ilegalidad del partido comunista. Son dos etapas de la misma operación, de la vinculación intencionada del caso cubano a la

Entre tanto esto sucedía, los cables extranjeros mencionaban al Uruguay como el otro Estado inclinado a una posición rupturista. Los días pasados desde este anuncio, y las últimas noticias, de algún modo diluyen la perspectiva inmediata de que tengamos el triste honor de entrar tan rápidamente en la fila. Pero como se ha venido a poner en tela de juicio todo el proceso de los hechos, es bueno reseñar objetivamente lo que en un primer momento se dijo.

El embajador de nuestro gobierno ante el de Washington, señor Clulow, llegó —unos días antes de la ruptura norteamericana con Cuba— a nuestro país. Y la prensa —no la prensa comunista, sino la otra— informó que el embajador había traído consigo un memorándum confidencial del gobierno de los Estados Unidos en el que se decía que los cubanos tenían en construcción diecisiete rampas para el lanzamiento de proyectiles teledirigidos. Por el momento, se agregaba, esa construcción se ha paralizado. Pero en cuanto se continúe, los Estados Unidos encaran la adopción de las medidas más drásticas, incluida la invasión de la isla.

Hay gobernantes uruguayos que son abiertamente partidarios de la ruptura, y lo dicen. Luego de rumorearse que el Uruguay encaraba romper con Cuba, se sustituyó esa versión por otra; el gobierno no era partidario de asumir, en esta materia tan escabrosa, actitudes unilaterales. En cambio, emitiría una declaración. A la hora en que escribimos, parece haberse zanjado la cuestión en estos términos: nuestro gobierno no rompe con el de Cuba pero, en cambio, se apresta a declarar persona no grata al embajador García Incháustegui, por supuesta ingerencia en asuntos internos del país. Es la otra variante en el repertorio de las soluciones de moda. García Incháustegui no es comunista; es un revolucionario cubano ferviente y límpido; cuida al extremo las limitaciones a que lo sujeta su investidura, en un medio en el que sabe que se le espía. Se ha dicho que se le considera vinculado a los sucesos del martes. La enormidad es tal que juzga a quienes la profieren. Su alejamiento es un triunfo de las fuerzas que, en lo interno y en lo externo, presionan al gobierno para que adopte medidas contra Cuba. Acaso, sea para ellas una satisfacción a medias. Pero la propaganda ya sabrá magnificarla.



—The New Yorker

Cuba ha sido, a pesar del mantenimiento formal de desganadas y recelosas relaciones diplomáticas con ella, por parte de los restantes catorce Estados latinoamericanos, aislada del continente a que